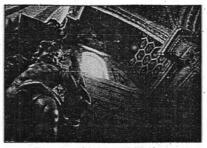
Los visitantes de la basílica del Pilar entran allí, como así ha sido siempre, buscando a la Virgen. En esta época previa a las vacaciones de Semana Santa, son muchos los grupos de jóvenes estudiantes que hacen un alto en su viaje para conocer este templo. Los turistas se acercan, en su mayoría, ajenos a la efemérides del aniversario de Goya. Una vez allí, tampoco disponen de muchas facilidades para reconocerlo, a menos que visiten la basílica con un profesor. La bella cúpula restaurada de la Reina de los Mártires no luce como debiera, semioculto el dispositivo para iluminarla por un confesionario.





## Bajo las cúpulas

Dentro dentro, la primera experiencia es unite desde el mármol y a través de la nela de los zapatos hasta calar muy hondo,

Liz Aldayturriaga

sta semana han ocurri-do muchas cosas en nuestra ciudad. El Real Zaragoza fue borrado de la Recopa. Una caja de ahorros presentó sus cuantiosos beneficios. La NASA nos halló en el mapamundi y nos mandó doce hombres con un recado. La primavera ha venido, y nadie sabe cómo ha sido.

Cada año por estas mismas fechas, pasan también cosas parecidas. Asi, los políticos comienzan a jugar a polis y cacos a cuenta del Dia de San Jorge; así, se empiezan a ver niños y niñas probándose trajes de primera comunión; y así, chicos y chicas en viaje de estudios, proceden-tes de institutos de la cuarta parte de Europa, hacen un alto en la carretera -- camino de allí o de allá-para visitar el Pilar.

Se les puede ver cualquier mañana de éstas, a lo largo, ancho y alto de la Piaza de las Catedrales, espantando a las palomas de lado a lado y encaramándose -eso si, con mucho cuidado- a los monumentos del lugar. Estos chicos viajeros -de España, Francia, Alemania, Ita-- son reconocidos con facilidad: se esconden tras sus gafas vir; apuntan a todas partes, con sus pequeñas cámaras de fotos. deseosos de inmortalizar a cada uno de sus amigos delante de

## Dentro, dentrob

Entre estos centenares de chavales, destacan algunos paisanos y un señor que viste pantalón corto y luce cabellera y barba blancas. Acertamos a entender, en un sufrido espanglis», que el señor es alemán y su nombre se parece ligeramente a Antón. Nos hace una pregunta:

--¿Dónde, Goya? -¿Qué?

-Cuadros, iGoya!

-iDentro, dentrol -le contestamos, en plan mimético-bisilábico, señalando la Basilica del

eriencia es la que se acostum bra. Un escalofrio que se trans-mite desde el mármol y a través de la suela de los zapatos hasta calar muy hondo, en la médula

-Es que es tan grande que me da frío —se comentan dos seño-ras, agarradas del brazo.

En misa de doce, escuchamos los murmullos del recogimiento habitual y luego, el sermón. Un señor va recomendando a los chicos de las mochilas que procuren no hablar muy alto. Estos están repasando las maravillas del templo sin orden ni concierto, muy a la suya, medio a gritiogados, ya saben:

-iMira cuantos arcos de me-

-iHala una tumba

-iQué pinturas más bonitas! ¿Cómo se encienden las ve-

-iSara, Sara!

-¿Y las bombas?

## Goya iluminado

Un grupo de madrileñas, jovencitas de tercero de bachillerato, que se han detenido un momento para ver el Pilar de paso a Italia, también me preguntan dónde está Goya. Pues está un poco dificil, la verdad.

Primero, La Adoración del Nombre de Dios, en la bóveda del Coreto, allá arriba, sobre la guirnalda que sostienen los ángeles. No se ve muy bien. Adenás, molestamos un poco a las personas que asisten a l: :nisa unque intentamos cuchichear lo más bajo posible.

Bajo la cúpula de la Reina de los Mártires apenas se para nadie. La gente tiene prisa por pa-sar de la fila para besar el Pilar de la Virgen a la visita de sus mantos y joyas en el Museo Pilarista. El cartel-medallón que explica las obras de arte que adornan los coros y capillas pasa desapercibido

Bajo la cúpula, digo, apenas se detiene nadie. Oimos los murmullos de las oraciones, los tacones de las señoras, las voces de los niños pequeños; oímos hablar en francés y en italiano, y el sonido rítmico de las monedas que recogen los cepillos y las cajas de los velones. Montamos guardia bajo la cúpula, en una esquina de la capilla de la Confesión. Allí, semioculto tras un

confesionario, se encuentra el dispositivo que ilumina -- previo pago de veinte duros- la maes

tría de Goya. Los frescos restaurados de la cúpula brillan en todo su esplendor. La magnifica luz artificial subraya los cálidos trazos del conjunto, animado por colores ocres, amarillos, azules... Entonces la gente empieza a pararse, a medida que unos y otros vamos elevando los ojos hacia la cúpula, al cielo, y volvemos a

sentirel bendito escalofrio

-Esto es un Goya, ¿no? preguntan las chicas de Madrid mientras sacan las cámaras fo-

tográficas de las mochilas. -Pues qué chulo -sonrien, complacidas.



«Los frescos restaurados de la ctipula brillan en todo su esp magnifica luz artificial subraya los cálidos trazos del conju nado por colores ocres, amarillos, azules... Entonces la gen seza a pararse, a medida que unos y otros vamos elevando los ojo hacia la cúpula, al cielo, y volvemos a sentir el bendito escalofrís